



**Una corporeidad dinamizada**  
**Notas sobre corporeidad, territorios y literatura argentina actual**

Alejandro Fabián Gasel<sup>1</sup>

Recibido: 02/02/2017  
Aceptado: 20/02/2017

**Resumen**

El trabajo tiene por finalidad abordar la relación entre corporeidad, territorios y literatura argentina actual. Para ello, propone revisar a través de ciertas aproximaciones teóricas, las conceptualizaciones que devienen sobre la categoría desde la filosofía de Merleau-Ponty, Jean-Luc Nancy y Gilles Deleuze. Se preocupa por la validez del estudio cuerpo y literatura a partir de la revisión de los usos de la categoría cuerpo en la crítica literaria argentina, centrando el interés en Gabriel Giorgi y Claudia Coria. Asimismo, arriesga una lectura de la relación corporeidad y territorio a partir textos actuales como *Los pibes suicidas* de Fabio Martínez (2013), *En la estepa* de Samanta Schweblin (2010) y *La Siberia* de Cristina Siscar (2007).

**Palabras claves**

Corporeidad – literatura argentina reciente – territorio.

**Abstract**

The purpose of this paper is to board the relationship among embodiment, territories and the current Argentinean literature. To that end is that a revision, carried out through certain theoretical approaches of some conceptualizations coming from the Merleau-Ponty, Jean-Luc Nancy y Gilles Deleuze philosophy is proposed. The paper is concerned with the validity of the body and literature study, starting by the revision of the usage of the body category in Argentinean literary critic, focusing its interest in Gabriel Giorgi and Claudia Coria. It also attempts to find a relationship between corporeity and territory in current texts such as Fabio Martínez's *Los pibes suicidas* (2013), Samanta Schweblin's *En la estepa*, (2010) and *La Siberia* by Cristina Siscar (2007).

**Keywords**

Embodiment – current Argentine literature – territory.

---

<sup>1</sup> Dr. en Letras, Universidad Nacional de la Patagonia Austral. Contacto: [agasel@uarg.unpa.edu.ar](mailto:agasel@uarg.unpa.edu.ar)

## Introducción

Este trabajo condensa notas relativas a la relación entre corporeidades y territorios que entiendo puede desprenderse de una lectura atenta de la narrativa actual en Argentina. No creo que la iniciativa sea realmente nueva, es más, creo que el problema se reconoce en la historia de una literatura más o menos moderna.

No obstante, el interés por escribir esta nota surge de cierta inspiración totalizadora que me generó la lectura de *Stoner* de John Williams (2016), recientemente publicada por la Editorial Fiordo donde entiendo emerge esta correlación corporeidad y territorio, concomitante con el soporte, tal vez más obvio pero primordial: la literatura. En efecto, esta novela de John Williams reclama una posición de cambio al cuerpo narrado, es decir, es la literatura quien moviliza al cuerpo para fortalecer una transformación radical de un cuerpo atado a la tierra hacia un cuerpo atado a la letra.

En este marco, indago en un grupo de textos escritos en la literatura argentina del siglo XXI la correlación territorio, cuerpo y literatura con el fin de sostener que, por un lado, sendos modos de narrar: narrar un cuerpo y narrar un territorio emergen imbricados, el cuerpo no se desprende del territorio ni el territorio suele desprenderse del cuerpo, y que los sentidos entre ambos es una productividad de un intercambio constante. Acaso son posibles los cuerpos que narra *El telo de Papá* sin la imaginación semiotizada de un territorio desierto. O, que enumeración crítica puede existir en *Unos días en Córdoba* sin la actitud etnográfica de un cuerpo que intenta “decir Córdoba”. Asimismo, se revela en los textos estudiados un cuerpo intervenido, que atado a un territorio intenta desprenderse de todo aquello que suele intersectarlo “la carga identitaria de la etnia, religión, geopolítica, lengua, sexo, género, edad” (Viveros Marín 2008: 73). La emergencia de este particular dispositivo que puede ser leído desde una política del enunciado o del estudio sobre la enunciación, es parte importante de las conjeturas que intentará explayarse el artículo.

He organizado la exposición en dos apartados, el primero, donde reseño las discusiones teóricas que considero más relevantes en torno a la categoría cuerpo. Optando por los caminos que abren el campo de la antropología y la filosofía, en especial, deteniéndose en Merleau-Ponty, Gilles Deleuze y Jean-Luc Nancy. La presentación de esta discusión teórica, se complementa con una descripción de los usos que la categoría cuerpo se ha hecho en la crítica literaria, en especial, Gabriel Giorgi y Claudia Coria, tratando de leer estas propuestas a partir de una política literaria de la enunciación del cuerpo. En un segundo apartado, muestro cómo funciona u opera este cuerpo intervenido por el territorio: pensado como exterioridad salvaje, razonando los siguientes textos: *Los pibes suicidas* de Fabio Martínez (2013), *En la estepa* de Samanta Schweblin (2010) y *La Siberia* de Cristina Siscar (2007).<sup>2</sup>

## Aproximaciones teóricas

La cuestión de la corporeidad en la literatura comparte un debate incesante. Como categoría, el cuerpo es objeto de pensamiento en diferentes posiciones teóricas, acerca

---

<sup>2</sup> Lejos de establecer un corpus, iré proponiendo mi lectura centrado en estos textos, no obstante, si fuese necesario, repondré envíos a otros textos literarios, en especial textos argentinos de los últimos años.

de sus modos de concebirlo, sus modos de manipularlos, de construirlos. En este apartado expondré algunas concepciones operacionales del cuerpo, no obstante, diferenciaré entre modos de pensar el cuerpo como objeto de estudio (relevando posiciones clásicas y sus relecturas) y aquellas concepciones pensadas exclusivamente alrededor de la literatura argentina. Si bien, esta división responde a la clásica posición entre una lectura material del cuerpo (el cuerpo que lo puede) y una lectura simbólica del mismo (el cuerpo que es representado a través de la palabra) resultan operativa para despejar ciertas confusiones iniciales, aunque de ningún aspecto nos quedamos en esta posición binómica sino que entiendo que lo que nos interesa es el intercambio, la productividad del vínculo y cómo se configura un mecanismo literario de operatividad literaria sobre la corporeidad.

Las concepciones en torno a la corporeidad<sup>3</sup> marcan siempre inflexiones de índole histórica en el pensamiento. Nos interesa ver que las formas de concebir lo corpóreo se manifiesta como un problema acuciante. La categoría cuerpo pensada a través de Merleau-Ponty se ha convertido en una cita recurrente en muchos estudios antropológicos y filosóficos que aborda el problema del cuerpo según Silvia Citro (2006). El interés por este autor se basa en la ruptura con los dualismos cartesianos, planteando la experiencia de la percepción corporal como un medio de conocimiento pre-reflexivo basado en la inescindibilidad del vínculo del sujeto con el mundo. El sujeto hecho cuerpo con el mundo dirá Silvia Citro. Percepción corporal como medio de conocimiento pre-reflexivo y unión sujeto-mundo. El enfrentamiento con el racionalismo se expresa especialmente en el dualismo cartesiano: cuerpo como mera extensión, el pensamiento como expresión del sujeto; las prácticas del cuerpo nada tienen que ver con el pensamiento y la comprensión del mundo. El cuerpo como máquina. Lo contrario de la fenomenología ser en el mundo. Así como no hay conciencia sin sujeto, tampoco hay sujeto sin mundo. La experiencia del mundo se consume a través del cuerpo. Nuestra relación práctica con el mundo no se da en términos de yo pienso sino de un yo puedo (cfr. 2009: 47).

El trabajo doctoral de Germán Prósperi (cfr. 2012: 8) examina la categoría cuerpo en Merleau-Ponty.<sup>4</sup> En este marco, el autor señala que la categoría cuerpo no debería entenderse como un sujeto, es decir una mera conciencia enfrentada a un mundo objetivo a la manera kantiana; así como tampoco es un objeto más entre las cosas que forman el mundo; el cuerpo es, más bien, lo que le permite al sujeto abrirse a un mundo. El cuerpo es esa dimensión que sitúa al hombre en un sistema de significaciones y de

---

<sup>3</sup> Elina Matoso (2006: 14) explica por qué es preferible usar la categoría corporeidad antes que cuerpo. Ella sostiene que el término cuerpo hereda referentes religiosos, ontológicos, técnicos, a veces asociados a instrumento, otras a objeto de rendimiento económico. La palabra corporeidad resalta especialmente ese aspecto de indefinición de mayor abstracción, en concordancia con la ambigüedad del concepto de cuerpo. Cuerpo como carne historizada, así como transparencia virtual, o imagen inasible. Al referirse al cuerpo, es difícil evadir polaridades como: cuerpo/alma, espíritu/razón, cuerpo/máquina, cuerpo virtual, cuerpo digital entre otros tantos dualismos que marcaron y marcan la historia occidental. La palabra corporeidad borrea estos polos y sin suprimirlo los inscribe en la indefinición misma de esta palabra.

<sup>4</sup> Quiero remarcar lo que valioso que resulta el trabajo de Germán Prósperi en tanto que se consolida como una sistematización rigurosa sobre la categoría *cuerpo* enfrentada a la pregunta: ¿Qué sucede con el cuerpo cuando la historia termina? (2013: 7). El recorrido es absolutamente exhaustivo porque si bien existe concentraciones en Kojève, Deleuze, Bataille y Agamben, la cantidad de envíos que se aprecian constantemente nos da clara muestra de un trabajo erudito sobre el tema.

sentido; es, como dice Merleau-Ponty, “nuestro anclaje en un mundo”, o también, “nuestro medio general de tener un mundo.” Existe una relación primordial y ante-predicativa entre el sujeto y el mundo. Antes de ser conocido, el mundo es vivido por el sujeto; antes de establecer lazos cognitivos con los objetos que conforman al mundo, el sujeto se descubre inmerso en una red afectiva de vivencias y de significaciones que funciona como la condición de posibilidad de cualquier tipo de conocimiento objetivo. Este itinerario teórico se desentiende de la ligereza de pretender que solo tenemos un cuerpo, para en cambio, afirmar que somos un cuerpo. La creencia de poseer un cuerpo, cede ante el supuesto ontológico de que “soy un cuerpo”, como lo ha afirmado Merleau-Ponty para quienes solo podemos ser en el cuerpo por el simple hecho de haber nacido en un universo en el que nos regimos por las coordenadas del espacio y tiempo; universo que solo es en la medida que el cuerpo lo percibe. Entonces, por encima de una concepción totalmente biologicista y anatómica “ser un cuerpo” significa elevar los huesos, tejidos, articulaciones, y órganos al rango de aquello que constituye la única identidad posible.

Otras posiciones post-estructuralistas, como las de Gilles Deleuze y Jean-Luc Nancy explicitan otra lectura de lo corpóreo. En este marco general, Gilles Deleuze nos incita a pensar un cuerpo sin órgano, esto es, un cuerpo no organizado, como lo sería el cuerpo de un bebé, pura vitalidad poderosa que busca ampliar sus propias fuerzas: un cuerpo hecho de afectos, de intensidades, en el que se pueden encontrar umbrales, zonas, polos. Un cuerpo como voluntad de potencia. El cuerpo sin órgano no es algo dado, es más bien un límite que tenemos que alcanzar, si queremos que la vida y el deseo fluyan. Hay que hacer que salten algunas cosas a través de la línea de fugas, mediante procesos de desterritorialización. Un cuerpo sin órgano no está interrogándose acerca de quién es. El deseo que discurre por un cuerpo sin órgano es contagioso. Sumado a esto, Prósperi describe que Jean-Luc Nancy antes de *Corpus*, había pronunciado una conferencia el 8 de abril de 1994 que nos resulta especialmente interesante a la hora de pensar al cuerpo desde el campo de la filosofía. En dicha conferencia, Nancy aventura la hipótesis de que el alma, lo que la tradición (cristiana pero también occidental en un sentido general) ha llamado alma, no es otra cosa que la experiencia del cuerpo. “Y lo que ha sido pensado bajo el nombre de alma, no era sino la experiencia del cuerpo” (cfr. Prósperi 2012: 12). Para Nancy, no hay interioridad en el mundo de los cuerpos. La intimidad del sujeto, la vida de la conciencia, no es sino un repliegue secundario de una exterioridad primera. Los cuerpos necesariamente existen fuera de sí, sin identidad, sin subjetividad. Lo que la tradición ha llamado alma no es sino la experiencia que tiene el cuerpo de sí mismo, es decir, el rodeo que debe realizar para relacionarse consigo mismo. No hay interioridad más que pasando por un afuera impersonal.

Acepto que una diversidad de discursos atraviesa la corporeidad, la informan. No obstante, si la pregunta es sobre la relación entre literatura y corporeidad uno de los caminos viables puede ser el que advierte Canteros y Copes (cfr. 2015: 107), esto es, promover un estudio del intercambio entre imaginarios sociales y literatura, donde la relación capciosa, múltiple entre el universo textual (literatura) y el social (discurso colectivo dominante) constituye un encuadre referencial seleccionado para nuestro estudio literario sobre la corporeidad en la literatura argentina.

En este marco, existen trabajos que tematizan esta relación y son antecedentes que conforman un campo de estudio sobre corporeidad y literatura<sup>5</sup>. Pienso en Gabriel Giorgi (2004) en su trabajo sobre la homosexualidad y su representación en la literatura argentina y el de Claudia Soria (2005). Ambos textos, estudian esta relación tensionante donde se analizan textos literarios que han operado, transformado y reproducidos distintas corporeidades. De manera que los discursos con relación al cuerpo y a la escritura, conforman e instauran al cuerpo mismo y a la escritura, dotándolos de sentido y produciendo representaciones concretas ya que moldean, histórica, social y culturalmente, a esos objetos.

En el caso de Gabriel Giorgi, su estudio se centra particularmente sobre dos conjeturas. La primera sugiere que la homosexualidad se constituyó como categoría e identidad en torno a un mecanismo paradójico: el de una ficción normativa que nombró e instituyó una clase de individuos cuya existencia se definió como indeseable. Ese origen constituyó (en gran medida, dice el autor) los modos en que la homosexualidad se inscribió en la cultura. La homosexualidad ha ofrecido una galería de cuerpos terminales: cuerpos donde se cierran relatos e historias colectivas, donde se cancelan generaciones, genealogías o linajes donde una temporalidad dada se anula en un cuerpo improductivo. La segunda conjetura propone que la imaginación y los lenguajes del exterminio se juegan alrededor de la gestión de la vida colectiva, entre lo biológico y lo humano, entre lo natural y lo cultural, entre lo animal y lo humano. Retóricas y construcciones de la salud individual y colectiva: políticas de la reproducción y las mezclas raciales. Estas representaciones no invocan metafóricamente el cuerpo; la corporalidad no es allí solamente una construcción discursiva. Apuntan directamente al cuerpo, quieren suturar la distancia entre las palabras y las cosas, y cerrar el universo del lenguaje sobre sí mismo reconstruyendo o rehaciendo los cuerpos. Y ese proceso no es meramente discursivo, sino que afecta o aspira a afectar –y a modificar– la materialidad misma de los cuerpos. Las ficciones literarias en torno al exterminio entonces, trabajan en relación con esa fuerza performativa de los lenguajes y de las ficciones colectivas de la limpieza social, y su voluntad de hacer carne el verbo a partir de la eliminación de un cuerpo. El trabajo de Gabriel Giorgi explora cómo la homosexualidad proporcionó a la literatura argentina producida a partir de las sesenta, figuraciones de cuerpos alrededor de los cuales se replican retóricas, ideas, discursos, en torno al exterminio. Compila el autor una multiplicidad de operaciones textuales, retóricas, ideológicas en torno al exterminio: gramáticas de identificación y de diferenciación de sujetos, e historias que definen y dan realidad a esos cuerpos anómalos. Gabriel Giorgi señala que existe una peculiar solidaridad retórica entre homosexualidad e imaginación del exterminio que ha sido asociada tradicionalmente a la extensión de linajes, con el final de familias y progenes, crisis de un orden reproductivo tanto biológico como cultural. La imaginación del cuerpo homosexual ha sido asociada con la extensión y fin del linaje. La hipótesis del autor lleva a leer el

---

<sup>5</sup> El trabajo de Cándida Elizabeth Vivero Marín (2008) ofrece una reflexión precisa sobre los estudios literarios y corporeidad en el campo del feminismo. El artículo rastrea las posibilidades de pensar respecto a las producciones de teóricas de Hélene Cisoux, Lucia Irigaray, Julia Kristeva. En su trabajo, se interroga el pensar al cuerpo como paradigma conceptual en tanto que, a través de él, se construye toda una serie de aproximaciones donde se intenta explicar la estructura, el lenguaje y los temas presentes en los textos escritos principalmente por mujeres.

cuerpo homosexual en la modernidad ligado con la imaginación de un final. Sosteniendo que la homosexualidad se convirtió en un personaje de la literatura y un mecanismo para leer los modos específicos de la violencia entre la vida íntima y colectiva. La constitución de esos cuerpos en guerra, esos entrecruzamientos de violencias internas de la vida colectiva y sus ficciones normativas, son el punto de partida de sus lecturas.

Otra línea donde la crítica opera con la categoría cuerpo se reconoce en la propuesta de Claudia Coria (2005), su texto centrado en el “sistema Evita”, analiza una condensación posible de representaciones en torno al cuerpo de Eva Perón. La autora plantea que en oposición a las clásicas divisiones alma-cuerpo que han caracterizado al discurso filosófico de Aristóteles a Descartes, el sujeto que sus investigaciones considera no solo se expresa a través del lenguaje, sino fundamentalmente a través del cuerpo como lugar, ya que este es el espacio en donde el deseo del inconsciente, el goce, deja sus marcas. La autora postula que su trabajo dialoga con la teoría de la sexualidad femenina (informado por *Encore*, el seminario XX de Lacan) que entiende que el cuerpo es el lugar de lo “real”, esto es, un lugar donde el goce se actualiza. Citando a Lacan, Claudia Soria (2005: 24) insiste en pensar que hay un goce femenino, solo accesible a través del cuerpo, que es ciertamente enigmático porque, aunque las mujeres los experimentan, es inabordable al lenguaje, intraducible en palabras. Esto explicaría la permanente asociación de Eva al “enigma femenino” porque lo que queda fuera del lenguaje toma la forma de enigma.

Según Coria, el cuerpo no es solo el espacio físico donde se articula la palabra, y, por ende, la caja de resonancia que emite la voz. El cuerpo es, además, la superficie donde se manifiesta el síntoma, entendido como un lenguaje que proviene del inconsciente. En este marco, operar con la lengua se hace necesaria en la terapia para poder desanudar aquello que ha quedado atrapado en el cuerpo. En este sentido, el cuerpo-artefacto de Eva cumple una función importante porque actúa como una máquina traductora de síntomas, una máquina significativa que informa desde el goce (cf. Coria: 2005, 25). El estudio de Coria concentrado en textos argentinos y otros extranjeros focalizan en un cuerpo sexuado. La identidad sexuada del cuerpo femenino es estudiada como el espacio donde se escenifican dos problemas que atraviesan el libro. El primero, el cuerpo de Eva hacia dentro es una arena de batalla donde se debaten diferentes y contradictorias posiciones femeninas y, el segundo, el cuerpo femenino establece un diálogo con el llamado “enigma de la femeneidad”, misterio que preocupa a Freud en relación con el estudio del sujeto histérico y que retoma Lacan cuando tematiza el goce femenino.

Nos interesa entonces, posicionar el saber corpóreo que se abre a partir de pensar diversas maneras de conceptualizar la corporeidad. Hemos revisado conceptualizado de Merleau-Ponty favoreciendo al cuerpo como anclaje en el mundo. Desde la filosofía, Nancy apuesta a pensar que lo que se ha llamado alma no es más que una experiencia del cuerpo. Asimismo, el trabajo de Deleuze nos invita a pensar un cuerpo sin órgano, esto es a grandes rasgos, un cuerpo no organizado. Un cuerpo hecho de afectos, intensidades, en el que se pueden encontrar umbrales, polos, cruces, etc.

No obstante, una breve revisión de cómo la categoría cuerpo es usada por la crítica permite mostrar la maleabilidad del concepto. Gabriel Giorgi (2003) opera con ella para exponer las formas que la homosexualidad ha sido enhebrada en el imaginario

social que la literatura ha operado. Exterminio, desapariciones, esterilidad construyen un cuerpo leído en ficciones a través de un rastreo de ciertas particularidades retóricas donde homosexualidad e imaginación de exterminio se ligan estrechamente en el marco de una economía de los cuerpos. La misma categoría, retomando a Lacan es operada por Claudia Coria para poder dar cuenta que el cuerpo de Eva en ficciones narrativas argentinas y extranjeras donde dicha corporeidad es espacio de debate de posiciones sobre la femineidad y, simultáneamente encarna un artefacto alegórico alrededor del enigma de la femeneidad.

### **Corporeidades dinamizadas (por el territorio)**

La narrativa argentina nos presenta una atmósfera plural no solo en sus tematizaciones sino también en sus diferentes operaciones discursivas. Revisar su corpus nos permite encontrar variadas lecturas. Considero que no soy el único convencido que para pensar las narrativas argentinas actuales dos líneas de crítica literaria se constituyen en indispensables. Por un lado, la perspectiva de Elsa Drucaroff (2011) que ha decidido pensarlas en clave generacional, trabajando con un amplio corpus de más de quinientos textos que le permitió sumergirse en la nueva narrativa argentina y vislumbrar allí una serie de problemáticas que le permiten caracterizar no solo la literatura sino una generación y una sociedad. En otro recoveco de este laberinto, Maximiliano Crespi (2015) razona la literatura reciente consciente que su escritura puede ser “un paso al vacío”, desde una perspectiva renovada que le permite dar cuenta de un ecosistema de la narrativa argentina donde distingue tres tipos de realismos que se encontrarían en conflicto. Un realismo reaccionario “de apariencia residual y de fabulación fatalista”. En otra trinchera, caracterizado por operaciones de pedagogías e identificación, se encuentra el realismo progresista. Este tipo de realismo codificaría proposiciones ideológicas que se reifican, donde se mezclan “un fetichismo cínico oportunista y un fetichismo militante fundamentalista. Finalmente, la emergencia de un realismo infame, define un tipo de narrativas que incomoda a todos porque viene a fallar tanto a la precondition epistemológica del realismo clásico como a la función poética. El realismo infame se instituye en una poética inaprensible que reordena una lectura posible del corpus literario reciente y se constituye en una opción de izquierda “solo a condición que debajo de este término se describa una actitud persistente cuestionamiento de lo real en función de lo imposible” (Crespi 2015: 34).

Alrededor del realismo infame, se producen una serie de texto que pueden convertirse en referencias de corporeidades que transitan nuestra contemporaneidad. Corporeidades que emergen entre los intersticios de las ambiciones biopolíticas de perdurar hasta la inmortalidad y su liquidación inminentes, corporeidades que han escapado de las regulaciones modernas y convencionales del mismo, pero cuya emergencia/ aparición no constituyen ningún tipo de pedagogías absolutistas ni identificatorias. Cuerpos que escapan a las categorías propias de la escritura femenina y de las estrategias etnográficas descriptivas propios de los relatos de viajes. ¿Qué textos posibilitaron estas lecturas? ¿Qué posiciones del discurso ocupan?

En especial, me ha interesado leer tres textos: *En la estepa* de Samanta Schweblin (2010) y *Los pibes suicidas* de Fabio Martínez (2013) y *La Siberia* de Cristina Siscar (2007). Los textos más que un ejemplo de un concepto son espacios

textuales donde podemos relevar operaciones que caracterizan la corporeidad literaturizadas donde no hay solo fragmentación o exterminios o anti-pedagogías explicativas, sino posiciones, voz y potencia del cuerpo.

*Los pibes suicidas* de Fabio Martínez en una primera lectura es un texto cercano a un tipo de realismo que Maximiliano Crespi llamaría “realismo progresista”, no obstante, nuestra lectura intenta salvaguardarlo de ese calificativo reconociendo que el entrecruzamiento de corporeidad y territorio que termina en el suicidio, es decir, la liquidación de quien enuncia en el relato. La singularidad del suicidio acaba con el tono pedagógico formativo de una izquierda doctrinaria que performativizaría el texto. Estos pibes son sujeto con nombres. Entre ellos, leemos la historia de Martín, un periodista veinteañero de Tartagal. Martín es un cuerpo moderno en ciertos momentos, dirige una revista “Kátedra Zero” cuyo final como todo proyecto cultural de las periferias de nuestra Patria queda inconcluso por falta de presupuesto. Quien narra, lee en el cuerpo de Martín una corporeidad intervenida por sus salidas a espacios convencionales: boliches, fronteras, Bolivia, merca, fernet. El compilado pone en evidencia cuerpos intervenidos por espacios.

Una de las instituciones que interviene es la familia que ve en ese cuerpo un proceso de degradación que va desde el estudiante de secundario brillantes hacia el desmejoramiento de un joven adulto en diferentes tonos: tono ideológico, corporal y moral. No obstante, esa corporeidad que vive en las periferias, volvió de un territorio central: Córdoba, la docta, para terminar, enfrentándose a las condiciones históricas que terminan liquidándolo: la desocupación y la privatización de YPF como síntomas de una política discursiva que deviene en un dispositivo para eliminar una corporeidad. Como veremos, estas corporeidades catalogadas como caja de resonancia de las políticas neoliberales, emerge también *La Siberia* de Cristina Siscar.

Me interesa de *Los pibes suicidas*, su estructuración enunciativa, un comienzo descangallado por un relato abyecto: matar a un animal de modo sanguinario, pero que como tal es un relato de anticipación, una forma diferencial de prólogo o dedicatoria o epígrafe que como tal condensa la textualización porvenir. Morirán arrebatados por imaginarios que se lo llevarán tan afectados y liquidados como el animal que asfixian al inicio, anunciado los impactos de cuerpos destartados.

El cuerpo suicida es ese dispositivo que despliega culpabilidades y exige respuestas desde el momento que se enuncia: ¿por qué decidieron desaparecer completamente? La respuesta debe establecer responsables. En este punto, entiendo que la política del relato escapa a una pedagogía explicativa porque el tono descriptivo no es profundizado a través de adjetivaciones o expansiones sobre el acontecimiento. Cada uno de sus lectores buscarán las respuestas: neoliberalismo, droga, juventud, el desierto premoderno con el cual se imagina Tartagal, no obstante, solo una elipsis que puede ser saturado por un relato apresurado. No obstante, leer aquellos modos de intervenciones de la corporeidad en un plano de un enunciado que satura a los cuerpos con el objetivo de un vaciamiento biopolítico reubica al texto en una política de la infamia (me gustaría que se lea esta categoría como Maximiliano Crespi la lee en relación de una posibilidad del realismo actual en la narrativa argentina) no solo porque recoge lo residual: esos cuerpos drogados, una revista de pueblo como un episodio cultural interrumpido, fragmentario e intrascendente, el desmantelamiento de un Estado que no terminaba de constituirse, la lengua estandarizada que es desautorizada por las lenguas periféricas.

Reconozco en el texto una variada política enunciativa que tematiza cuerpo en una ubicación imprecisa: un realismo progresista que intenta una denuncia, aunque advertido que su final es la liquidación. Una narración apocalíptica donde el territorio aparece como un interventor y constructor de un cuerpo desurbanizado.

En otro tono narrativo, *En la estepa* de Samanta Schweblin, narra la historia de un matrimonio que vive en una geografía de meseta, desértica descrita como un lugar no fácil para llevar adelante una existencia normal, alejado del pueblo. Por la noche, la pareja que sufre problemas de fertilidad, prepara una serie de elementos para comenzar una cacería de niños (el texto escatima en precisiones) que habitan la meseta en condiciones de salvaje. En un momento, se anuncian que unos vecinos han logrado capturar a uno y deciden visitarlos para conocerlo. Una vez ahí todo es frustración: no pueden terminar la cena ni conocer al infante capturado y la escena final termina en una violenta despedida. La esterilidad es una caracterización de esos cuerpos protagonista (no olvidemos los significados que explora Gabriel Giorgi sobre ello), la esterilidad constituye, a su vez, la paradoja que quien le dará fertilidad es un territorio: la estepa, considerado naturalmente como estéril, pero quien cobija y guarda esos cuerpos infantiles objeto de deseo. Aunque el relato mismo tematice la imposibilidad del encuentro con aquello que es negado. La frustración es algo que los mueve: se frustran al no cazar a esos niños, se frustran porque quienes lo han cazado no lo dejan ver. Quien le da la voz al relato es una corporeidad estéril que trémula insiste con la posibilidad de encontrar eso que no han podido ver y cuyo destino están destinados a cazar. Mientras regresan lastimados a su casa, dicen “entonces pienso que también podría cruzarse uno de ellos: el nuestro. Por acelera aún más, como si desde el terror de sus ojos perdidos contara con esas posibilidades” (2010:180). Toda la referencia a esa corporeidad deseada como infancia es expresada como un cuerpo no descrito, es una tercera persona (ellos) que acechan, que no hablan y que viven en ese lugar imposible de habitar. Es una infancia entendida como un enigma, no como un cuerpo moldeable sino como un cuerpo desordenado, sin órganos que inscribe la posibilidad de una cura a la infertilidad y el devenir de los cuerpos que lo buscan en felicidad, orden, regulación.

*La Siberia*, reconstruye un viaje verosímil por el trayecto patagónico de la ruta 40 desde *El Calafate*, un lugar idílico y mágico, colmado de árboles y vida, un poblado cuyo “nombre es el de un arbusto no registrado en los diccionarios”. El objetivo será atravesar el “desierto patagónico” hasta la zona norte de la provincia de Santa Cruz y para ello los turistas deberán abordar el rotativo patagónico, nombre que designa un modus operandi más que una línea de transporte, ya que la empresa, improvisada ese verano, sólo cuenta, según decían, con dos coches, uno en cada cabecera. Un grupo heteroglósico de turistas extranjeros, en su totalidad, europeos, suben a ese “micro” para atravesar el territorio. Una serie de valoraciones por parte de los extranjeros hacia el territorio ironiza y reubica el imaginario decimonónico sobre él. El concepto de un territorio uniformado y monótono, casi maldito, hace sostener que “la Patagonia se mira una sola vez”; el concepto de un territorio mágico, donde las cosas, se desordenan, desaparece, sin ninguna explicación racional, refieren a una memoria mágica que describe al territorio. En un momento del viaje, la catramina que transporta a este grupo de viajeros europeos sufre un desperfecto. Y el chofer y el guía admiten que, fuera cual fuese el desperfecto, no hay solución. Esto obliga a detenerse en el desierto y recalen en la Siberia. La Siberia es una fonda improvisada por los obreros de vialidad, paradero de

algún camionero que quisiera hacer un alto o para algún despistado que cayera por allí. La Siberia es un territorio hostil que se desdice del paraíso visitado. Los lugareños, no sólo no son bilingües, sino que, tampoco son propensos a la charla en su lengua. Un lugar donde no podrán asearse, donde escasea el alimento y donde la inminencia de los peligros naturales, tematizados en un puma que merodea el paraje, atemoriza al grupo de extranjeros. Aunque logran salir de ahí, los espera otro espacio conflictivo, los turistas que corporizan este nuevo viaje del siglo XXI se detienen en un piquete, un grupo de petroleros que bloqueaba la ruta detiene al camión remolque y los encabezadores de la protesta salen de sus “cuevas”:

Y de repente vieron las manos: palmas oscuras contra los vidrios. Detrás de las manos, había cabezas. Eran muchos y algunos tenían gorras de lanas, pasamontañas. Esas caras, pensaba ojos grandes (una extranjera) quizás también se han borrado como las nuestras tal vez necesiten los pañuelos para no ser confundidas con la nada.

Una flecha de sol hirió al vidrio de los prismáticos, cuando Peter los sacudió en alto con movimientos espasmódicos.

–Si quieren les entrego esto-decía en alemán y en inglés dirigiéndose alternativamente a los del micro y a los de afuera -. Se los doy, si es necesario. Ya no me interesa ver nada más.

El ángel de ojos celestes estalló sin en una carcajada.

–Espejitos, espejitos...-dijo, sin dejar de reír-. ¿Para qué querrían ellos espejitos? (Siscar 2006: 91).

Estos nuevos cuerpos que obstaculizan el paso devienen como la resignificación de la otredad india deviene, por un lado, a partir de la idea de espejitos y flechas que hieren, y, por otro, al humo como modo de comunicación para establecer un contacto. Esta resignificación constituye la trama irónica constante del relato, donde los europeos prisioneros de los emplazamientos arbitrarios que modelan un paisaje para nada anticipado por sus agencias de viajes, intentan volver a reubicar y refundar un orden idílico para el territorio que ya no es un vergel ni tierra de promesas. La desazón llega a tal punto que estos cuerpos viajeros de este relato tienden a quedar en un lugar periférico, más expuesto que aquellos sujetos que bloquean el paso en las rutas. En efecto, al no conocer los motivos de este nuevo detenimiento, la razón organizadora de este nuevo emplazamiento que los frena se los incorpora a una sutil exclusión. Al negárseles conocer las causas de sus penurias que amenaza con prolongarse indefinidamente, se los relega a una situación, en cierto modo, más periférica aún que aquellos que les cortaban el paso. El relato focaliza la situación en la cual los europeos quedaban fuera del lenguaje que les iluminaba los hechos ante un jeroglífico, y a la vez “separados de quienes padecían las mismas desventuras, cautivos en la intemperie inescrutable, quizá terminarían por creer en la fatalidad, atribuyendo su deriva a los caprichos del viento” (Siscar 2007: 92-93). El final de la narración focaliza un cierre promoviendo una disolución de la corporeidad, catalogada como extranjera que termina siendo parte del piquete, confundiéndose entre el fuego y el humo en ese territorio que logra hacer conjugar diferentes tipos de corporeidades a partir de la disolución de sus

propias identidades estancadas: europeos, indios, hombre son catalogados como piqueteros.<sup>6</sup>

Luis Bocaz (2009: 212) razona que “esa disgregación de estos ínfimos personajes” que son erosionados por el territorio, permiten reubicar al territorio como una fuerza capaz de operar sobre la corporeidad a través de la desintegración y transformación del viento y de otras fuerzas naturales. Cristina Siscar lo dice así:

“Nada era sólido. Ni el viento, ni el vapor de las nubes, ni el aire azul, que simulaba ser vidrio, ni el suelo disgregado ni los cuerpos, ni siquiera el ómnibus. Y tampoco era sólido el sentimiento gregario, que, al enlazarlos, los consolaba” (Siscar 2007: 37).

Entiendo que el recorrido por los textos permite profundizar una serie de características del cuerpo que habita en tiempos recientes. En primer lugar, focalizan entrecruzamientos dinámicos entre corporeidades y territorios. Las corporeidades revisadas en Schweblin, Martínez y Siscar adscriben a una relación dinámica del cuerpo con su territorio.<sup>7</sup> No a una relación de determinación, pero sí de intercambios de sentidos: cuerpos infértiles, cuerpos suicidados, cuerpos transformados. Los cuerpos anclados al mundo, desordenados, manifestación de los discursos históricos que lo intervienen. En palabras de Karl Schlogel (2007), se trata de razonar la injerencia primaria del espacio. Todas las secuencias de movimientos de estos cuerpos establecen que cierta estabilidad de la vida se realiza en las secuencias de movimiento que en algunos casos se han vuelto rutina. Reconozco que en la ficcionalización de las corporeidades permitiente reconocer que la socialización humana discurre en movimientos de acercamiento y alejamiento. Aunque en determinado momento, en momentos excepcionales se sale de cauce. En este sentido, las rupturas tienen dimensión espacial. Estas corporeidades son arrojadas a un movimiento continuo donde se desplazan (como en *Los pibes suicidas*), se deportan o transforman (como en *La Siberia*), se fugan, emigran o expulsan (*Los pibes suicidas*) o salen de caza como una forma de movimiento y cambio de lugar acelerada con violencia (*En la estepa*).

---

<sup>6</sup> El crítico chileno, Luis Bocaz (2009) ha pensado esta novela de Cristina Siscar desde lo paradójico y el “envés metafórico”, *la Patagonia* se constituye en el lugar para impugnar lo eurocéntrico que sepultó el nombre indígena originario. La búsqueda de lo visual como estrategia del cine y otras operaciones, hace que *La Siberia* escudriñe en el avance ilimitado de los horizontes de la Patagonia el avance de la disgregación en ínfimos personajes de variadas procedencias en un micro que sobrenada la llanura. Para no distraer la atomización de las relaciones humanas en la disgregación, la obra ostenta una estructura sencilla. La autora propicia en la narración un entrecruzamiento de miradas, salta de una conciencia a otra subsumida en el azar y la ubicuidad del viaje. El resultado es una visión policéntrica que destrona a la visión ex cátedra. Un mosaico de cuadros yuxtapuestos o de composición en calidoscopio. Dice Luis Bocaz (2006: 210): “asistimos a una erosión implacable de todo vestigio de autoridad administrativa, científica o carismática”. La novela plantea un rastreo de los modos de comunicación fiable, después de la verbosa grandilocuencia de que dio por real una apropiación ficticia del sentido de la Historia. Un abandono de la entonación épica del recorrido territorial heredado de la tradición literaria, una modalidad sibilina de escrutar vidas mínimas.

<sup>7</sup> Bittar (2015) promueve en su escritura operaciones capaz de serializarlo con los textos que referencia, en especial, porque la conjugación de un tono antipedagógico de sus imaginaciones en cuanto a la corporeidad y la inscripción “de un río” un tema mayor para un enunciador cuya política de ubicación está dada por “el litoral”, sistematizan cuerpos imbricados por los territorios. En este caso partir de una sintaxis refinada, concisa.

Este territorio entendido como una yuxtaposición de diferentes imaginaciones sobre el espacio inicia una dinámica con las corporeidades también comparten otra característica: son espacios no urbanos, alejados de la ciudad. Los cuerpos ficcionalizados sufren transformaciones posibilitados por un desierto despoblado pero que no obstante seduce con la palabra de redención. Ese mismo desierto, categoriza a una corporeidad cuya palabra aparece desarticulada o negada: en *La Siberia* y *En la estepa*, operan con estos cuerpos que no solo no hablan, sino que se niega la posibilidad de ser dichos más allá de cierta pro-nominalización o cita de otras identidades que no llegan a describirlos con precisión. Explicar al piquetero como un indio es una premisa de *La Siberia*.

El cruce de estas corporeidades considera que ciertas secuencias explicativas que son parte condicional un tipo de discurso pedagogizante es innecesarios. Estas corporeidades no son explicadas: qué hacen, por qué se mueven, cómo reaccionan. Ellos solo transcurren o se mueven por territorio con el cual dinamizan imaginarios sociales sobre aquello que no cesa de acontecer.

### Notas finales

La categoría cuerpo permite razonar aquellas formas e inscripciones en la literatura de una instancia que es un anclaje al mundo y que opera con lo discursivo en un continuum semiótico que demuestra la performatividad y la continua interrelación entre lenguaje y corporeidades. Acaso, es el cuerpo quien nos permite dar cuenta en la lengua de episodios sobre sus regulaciones u operaciones de vaciamientos biopolíticos, no obstante, la corporeidad puede ser excusa para repensar posiciones de una voz o formas estético de reconversión en estético aquel material (cuerpo) que no necesariamente se presta.

La necesidad de problematizar el cuerpo es refrendada a partir de pensar la categoría como una instancia compleja que, en campos como la antropología o la filosofía, su discusión se actualiza permanentemente señalando la posibilidad de transformación, producción o reproducción, así como también, como arena de lucha de regulaciones del mercado o de imaginarios sociales dominantes. La necesidad de revisar a Merleau-Ponty, Deleuze, Nancy o sus usos en la crítica literaria argentina: Gabriel Giorgi y Claudia Coria que dan cuenta de la movilidad y productividad de la categoría.

Visitada la problemática teórica, me permito hilvanar una lectura de corporeidades a partir de tres textos recientes escritos por Fabio Martínez, Samanta Schwebelin y Cristina Siscar donde intento probar como las tematizaciones de corporeidades aparece operativizada y dinamizada a través del territorio entendido a este como una yuxtaposición de espacios donde se entrecruzan imaginaciones tradicionales o des-urbanizada, escribiendo una corporeidad extraña, indefinida, que no acaba de ser mencionada. Una corporeidad afectada por lo territorial que, sin embargo, logra afectar al territorio. Una estepa convertida en un espacio fértil para dar niños a aquellos cuerpos estériles, un desierto patagónico capaz de anular los imaginarios clásicos del europeo o capaz de aniquilar a aquellos cuerpos que intentan liberarla. La escritura de una corporeidad ligada al territorio está vinculada con la vida, y responde a la pregunta ¿qué cuerpo puede sobrevivir a estos nuevos territorios?

## Referencias bibliográficas

- Bittar, F. (2015), *Acá había un río*. Córdoba: Nudista.
- Bocaz, L. (2009), “La Siberia de Cristina Siscar. El envés de la metáfora patagónica” *Revista La Biblioteca*, 8: 206-215.
- Canteros G. y Copes A. (2015) “Retóricas del espacio pampeano: transculturación y (des) lecturas” En Crolla A. *Memoria cultural y territorialidades. Perspectivas comparadas desde la localidad*. Santa Fe: Edic. UNL, 101- 108.
- Citro, S. (2006), “Variaciones sobre el cuerpo: Nietzsche, Merleau-Ponty y los cuerpos en la etnografía” en Matoso E. (comp.), *El cuerpo in-cierto*. Buenos Aires: Letra Viva, 45- 106.
- \_\_\_\_\_ (2009), *Cuerpos significantes. Travesías de una etnografía dialéctica*. Buenos Aires: Biblos.
- Coria, C. (2005), *Los cuerpos de Eva. Anatomía del deseo femenino*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Schlogel, K. (2007), *En el espacio leemos el tiempo*. Madrid: Siruela.
- Crespi, M. (2015), *Los infames*. Buenos Aires. Momofoku.
- Drucaroff, E. (2011), *Los prisioneros de la torre. Políticas, relatos y jóvenes en la posdictadura*. Buenos Aires: Emecé.
- Giorgi, G. (2004), *Sueños de exterminio. Homosexualidad y representación en la literatura argentina contemporánea*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Matoso, E. (2006), *El cuerpo in-cierto*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Martínez, F. (2013), *Los pibes suicidas*. Cosquín: Edit. Nudista.
- Prósperi, G. (2012), *La cuestión del cuerpo en las filosofías de A. Kojève, G. Deleuze, G. Bataille y G. Agamben*. Tesis doctoral. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En Memoria Académica: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.809/te.809.pdf>
- Schweblin, S. (2010), “En la estepa” en *Pájaros en la boca*. Buenos Aires: Emecé, 167-180.
- Siscar, C. (2007), *La Siberia*. Buenos Aires: Mondadori.
- Vivero Marín, C. (2008), “El cuerpo como paradigma teórico en Literatura”. *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, 3 (8): 57-87.
- Werchosky, F. *El telo de papá*. Buenos Aires. Mondadori.
- Williams, S. (2016), *Stoner*. Buenos Aires. Fiordo.